

EL PENSIL DE IBERIA.



REVISTA UNIVERSAL CONTEMPORANEA.

COLABORADORES.

Sr. D.ª Margarita P. de Celis.	Sr. D. Antonio Negrete	Sr. D. Joaquin Fiol.	Sr. D. Joaquin Martinez.
„ Maria J. Zapata.	„ Domingo de la Vega.	„ José Bartorelo.	„ Roberto Robert.
„ Rosa Marina.	„ Federico Ferredon.	„ José Francisco Vich.	„ Romualdo Lafuente.
Sr. D. Antonio I. Cervera.	„ Federico Beltran.	„ José M. Fuentes.	„ Roque Barcia.
„ Andrés Gaviria.	„ Fernando Garrido.	„ Manuel Jimenez.	„ Sixto Cámara.
„ Antonio Quiles.	„ Francisco de P. Puente.	„ Narciso Monturiol.	„ Francisco de S. Brandan.
			„ Joaquin Maria da Silva.

CONDICIONES MATERIALES DE LA PUBLICACION.—EL PENSIL DE IBERIA se reparte los días 10, 20 y 30 de cada mes, y consta de cuatro pliegos de esmerada impresion.

PRECIOS DE SUSCRICION, PAGADA ADELANTADA.—En Cádiz: Un mes, 3 rs.—Tres, 8.—Seis, 15.—Un año, 28.—En provincias: Un mes, 4 rs.—Tres, 10.—Seis, 19.—Un año, 35.—En Ultramar y el estran-

gero: Tres meses, 19 rs.—Seis, 55.—Un año, 100.

Se suscribe en Cádiz, en la Administración, calle del Sacramento, núm. 33, (donde se dirigirán toda clase de reclamaciones): en la Librería de la Revista Médica; en la encuadernación de Fábregas, calle de la Verónica; y en el despacho del Guía del Comercio, Ancha, 1.—En provincias, en las principales librerías.

SUMARIO.—Advertencia importante.—Los Dramas invisibles de la culta sociedad, (continuación).—Teoría de la felicidad.—La Industria y la Guerra.—Diálogo entre un Sonámbulo y una Vision.—Cuatro meses en París.—Anuncio.—Puntos de suscripción.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Con este número recibirán los Sres. suscritores de la tercera época, el último pliego y la cubierta de LA HISTORIA DE LOS MONTAÑESES, y el pliego 13 de EL LOCO DEL PALACIO REAL.

Los Sres. suscritores que tengan reclamaciones que hacer, tanto respecto á la «Historia de los Montañeses», como á «El Loco del Palacio Real», no deben perder tiempo en hacerlas.

Advertimos de nuevo á los Sres. suscritores que lo sean desde Abril de este año en adelante, que se están reimprimiendo los primeros 11 pliegos de «El Loco» por haberse agotado la edicion y que se les repartirán á todos los que por esta causa no lo han recibido.

Constante siempre esta empresa en su deseo de proporcionar ventajas y agradar á sus constantes suscritores, va á publicar desde el próximo número, además del correspondiente pliego de «El Loco» la interesante comedia en tres actos y en verso titulada,

LA MAS ILUSTRE NOBLEZA,

original de nuestro distinguido colaborador el popular escritor Fernando Garrido, quien la ha puesto á nuestra disposicion para que de ella hagamos una edicion especial para repartirla grátis á los Sres. suscritores de EL PENSIL DE IBERIA.

LOS DRAMAS INVISIBLES

DE LA CULTA SOCIEDAD.

—Es este hombre, le dijo el ayuda de cámara, que no quiere marchar de aquí pretestando que espera á su amo.

—Y cómo se llama su amo? dijo el marqués.

—Mi amo, respondió el lacayo desconocido, se llama Juan Lucas, y no saldré de aquí sin hablar antes con él.

A estas palabras, fijó el marqués en el desconocido sus espantados ojos, palideció y tuvo que apoyarse contra el dintel de la puerta para no caer; pero haciendo un gran esfuerzo sobre sí mismo, consiguió dominar la confusion y el temor que sentia, dió orden á sus criados para que se retirasen, é invitó al lacayo sucio y repugnante á que le siguiera.

Casi siempre las pequeñas desgracias preparan ó preceden á las grandes catástrofes. Una casa, en que acaba de darse un baile de quinientas personas, no es extraño que esté poco arreglada: todas las puertas están abiertas, algunas habitaciones han cambiado de aspecto, empleándose aquella noche para otros usos distintos de los generalmente acostumbrados, y el marqués solo habia reservado la alcoba de su hija y la suya, de las miradas de sus convidados: la marquesa estaba desnudándose, ayudada por su doncella, cuando su marido fué á suplicarla tuviese la bondad de pasar á la alcoba de la hija, porque necesitaba tener á solas en su habitacion una entrevista de la mayor importancia.

—Apuesto cualquier cosa, dijo la marquesa riéndose, á que es el conde de Vaya y Venga que quiere esta noche arreglar definitivamente su matrimonio con Dolores...

—No, querida, no es eso... es que... Por favor, retírate hasta que yo vaya á buscarte.

—Pero qué tienes? estás pálido, dijo alarmada la marquesa. ¿Qué sucede?

—Nada, querida, nada; pero déjanos aquí un momento, te lo suplico.



La marquesa cedió, pero se fué llena de una inquietud que contagió á su hija. Dolores todavia estaba despierta, y alarmada al ver entrar á su madre á aquellas horas en su alcoba, revelando en su fisonomia la inquietud que la dominaba, se echó en sus brazos llena de espanto: ambas estaban sobrecogidas y parecían presentir alguna gran desgracia.

Entretanto, el lacayo y el marqués se habian encerrado y hablaban de esta manera.

—Ya veo que me has conocido, querido Juan, dijo el desconocido.

—Tú aqui? dijo el marqués: tú vivo!

—Con que me creías muerto? cosa mas graciosa, no es verdad? aquí me tienes vivo en cuerpo y alma; manda que me den un vaso de vino y un plato de jamon por lo pronto, que aunque no estoy muerto, necesito reanimarme.

—Supongo que no habrás venido aquí solo para eso, ¡habla, habla! qué quieres, desgraciado?

—Quiero comer y beber, porque hace seis horas que estoy en tu entresala muerto de sed y de hambre.

—Pero hombre, aquí... á estas horas!

—Se acabó; quiero comer, y si tienes miedo que se manchen tus criados al acercarse á mí, anda, y tráelo tú mismo.

El marqués bajó la cabeza y salió. Un momento despues volvió á entrar con una bandeja con lo que el desconocido habia pedido, y colocándola en un velador ante el cual aquel hombre extraño se habia sentado, le dijo: Julio, ya estás servido; dime ahora qué quieres.

Julio, pues ya el marqués nos ha revelado su nombre, comió y bebió con ansia durante tres ó cuatro minutos, y despues sin dejar de comer y beber, dijo así:

—Hace diez y siete años querido Juan, que recibí esta carta tuya: y leyó lo que sigue:

«Ya lo ves, Julio, tus locuras han tenido el resultado que te habia predicho. Del desórden has pasado al vicio, y del vicio al crimen, y hoy una condenacion infamante pesa sobre tu cabeza. Puesto que has tenido la fortuna de escapar de la prision, aprovecha la libertad para huir, y para huir solo. No arrastres á una criatura, que apenas empieza á vivir, en la existencia errante y triste, que debes ir á ocultar en un nuevo mundo: déjame tu hija. En la misma hora, en que la ley te condenaba, la desgracia me condenaba á mí: mi hija está espirando! Si Dios me la conserva, la tuya será su hermana; si Dios se la lleva, tu hija quedará con nosotros, que la serviremos de padres. Adjunta va una orden á la vista bastante considerable, para que puedas llevar en tu fuga los medios de alcanzar mas tarde una fortuna honrosa.»

—¿No es esto lo que tú me escribiste?

—Es verdad, dijo el marqués.

—Ocho días despues, respondió Julio, te marchaste llevando á Francia las dos niñas, apenas tendria cada una dos años. Ibas á buscar tu muger, que se habia visto forzada á pasar precipitadamente á Nantes á recibir el último adios y perdon de su madre morimunda. Te casaste contra la voluntad de tu familia, cuyas rancias y aristocráticas preocupaciones habian retardado la hora de la reconcilia-

cion de la hija con la madre hasta la hora de la muerte. Tu suegra murió, y tú fuiste á buscar á tu muger llevando contigo tu hija y la mia. Yo, para mejor asegurar mi fuga, dejé á orillas de un rio parte de mi ropa, y una carta, en que decia que, no habiendo querido sobrevivir á mi deshonra, me suicidaba, y un mes despues de tu partida de Madrid, leia en los periódicos la noticia de mi muerte. En la misma época moria tu hija cerca de Burdeos. Continuaste luego tu viage llevando á mi hija en lugar de la tuya. Encantado por sus gracias y su belleza y por el cariño que te manifestaba, la llamabas hija mia, y viajabas lo mas despacio que era posible, preveyendo con terror el momento en que te verias forzado á revelar á tu muger la muerte de su hija. Tu muger habia salido de Madrid para Nantes hacia cerca de un año, de modo que habia pasado catorce ó quince meses sin ver á su hija, y tú, deseando librarla del dolor de perder su hija poco despues de haber perdido su madre, concebiste y realizaste la idea de ocultarle su muerte, presentándole mi hija en lugar de la suya. El engaño era bien fácil, porque á esa edad cambia cada mes la fisonomia de los niños, y además porque venia de su marido. De este modo mi hija Maria Altuna ha pasado por Dolores Lucas hasta hoy.

—Puesto que sabes la nobleza del sentimiento que dictó mi conducta, dijo el marqués, supongo que no verás un crimen en lo que fué una buena accion.

—Yo no condeno tu conducta, no hago mas que contarla, dijo Julio con repugnante cinismo; y bebiendo uno tras otro dos vasos de vino, continuó de esta manera.

—Tu plan salió á medida de tu deseo, y aun mejor, porque no fué solo tu muger quien cayó en la trampa como suele decirse, sino su hermano el marqués, quien en gracia de las gracias de tu supuesta hija, se reconcilió contigo y con su hermana, y ocho años despues murió dejando á su sobrina toda su fortuna y su título del cual debias tú gozar mientras vivieras, con la única condicion de que cambiarias de apellido; por esto, querido Juan Lucas volviste á España llamándote marqués de Paja-hueca.

—Pero yo no he engañado á nadie.

—Eres incapaz de eso. Llamándote marqués de Paja-hueca no has dejado de ser Juan Lucas; pero yo que sabia la muerte de tu hija Dolores cerca de Burdeos, al leer sus amonestaciones con el conde de Vaya y Venga, no he podido menos de preguntarme lleno de admiracion; ¿cómo puede casarse si está muerta?

El marqués quiso negar, pero Julio le dijo.

—No hay tu tia, querido Juan; cuando escapé de España pasé por Burdeos. Justamente al siguiente día de la muerte de tu hija, y todo el mundo me habló de tu desesperacion. En lugar de declarar que la muerta era mi hija, fuistes tan torpe que digiste era la tuya lo mismo en la parroquia que en el consulado y en la alcaldia. Por lo tanto, ten cachaza y escúchame con atencion.

Concluyó de beber el cuarto vaso de vino y continuó.

—Ya comprenderás que una vez en esta via, he seguido con facilidad las huellas de la historia. Puesta mi hija en lugar de la tuya, al cabo de tantos años has llegado á persuadirte de que realmente era hija tuya.

—Oh! si, es mi hija, es mi esperanza, mi felicidad...

Habla, dí de una vez qué quieres y concluyamos.

—Para concluir es preciso empezar, y para no concluir mal, es preciso plantear bien la cuestion. Lo primero que has hecho es robarme mi hija; y este es un crimen previsto por la ley; lo segundo (y esto tambien es crimen previsto por la ley) para recoger la herencia y el título de tu cuñado has presentado el acta de nacimiento de tu hija, aplicándola á la mía, estando la prueba de la muerte de aquella junto á Burdeos; y tercero, para hacer el contrato de matrimonio y publicar las amonestaciones de la señorita doña Dolores Lucas, has engañado de nuevo al novio y á los representantes de la ley, suponiéndola poseedora de un nombre y un título que legalmente no le pertenecen. Esto es incontestable. Razonemos ahora.

Por haber puesto una firma que no era la mia, en un pliego de papel sellado, me condenaron á diez años de presidio; soy pues un miserable, deshonorado y despreciado, y solo debo mi libertad á la general creencia de que estoy muerto. Tú, por el contrario, por haber hecho un uso criminal de la hija que te habia confiado, engañado á todo el mundo con ella, apoderándote por este medio de títulos y bienes que no te pertenecian, eres rico, honrado, y nada en la opulencia y en los placeres; dime si esto es justo.

—Pero qué pretendes, desgraciado! pretenderás acaso arrebatarme tu hija ¡miserable! Su madre, sí, su madre, porque mi pobre muger es su verdadera madre, moriria de pena, no digo con perderla, solo con saber lo que nosotros estamos hablando aquí; ante que entregartela, preferiria decir la verdad, y estoy seguro de que los tribunales me la dejarían.

—Mucho lo dudo, pero la cuestion no es esa; ten presente que el testamento de tu cuñado se hizo en favor de Dolores Lucas, y que si yo pruebo que la que bajo tal nombre ha heredado la fortuna de tu cuñado, es hija mia y no tuya, á ella, á tu muger y á tí, os arruino. No me creas tan tonto que quiera, á trueque de tal perspectiva, arrebatarte mi hija; soy demasiado buen padre para querer su desgracia; pero tú sabes, que está escrito en la moral de los hombres de bien, que nunca se pierde el bien que se hace, y yo, que soy hombre de bien, como el que mas, quiero, aprovechando esta máxima, haceros bien, mucho bien, todo el bien que pueda. El título y la inmensa fortuna, que podria arrebatáros con solo decir una palabra, no la digo, y por lo tanto os la dejo, que es lo mismo que si os la diera; vuestra felicidad, que podria destruir en un instante, la respeto por lo tanto; os la conservo, es decir, os hago felices; tu muger, que moriria si supiera todo esto, vive porque se lo oculto; de modo que me debes su vida; es como si la salvara de un incendio; esta hija querida, cuyas esperanzas podria yo desvanecer, se casará con el conde, y será feliz; porque yo quiero que lo sea, de modo que todo me lo deberá á mí; casamiento, fortuna y felicidad. De modo que yo te hago rico y feliz; salvo la vida de tu muger, y caso tu hija con un hombre respetable, rico y de la mas ilustre nobleza: dime por tu vida si es posible ser mas virtuoso, mas honrado, y mas magnánimo que lo soy yo; mi bondad rebosa por todas partes, y como todo beneficio tarde ó temprano tie-

ne su recompensa, tú, enternecido por tanta abnegacion y generosidad, por tanto sacrificio, viéndome pobre, miserable, hambriento, me das por lo pronto cien mil duros.

F. G.

(Se continuará.)

TEORIA DE LA FELICIDAD.

I.

En todos los siglos, en todas las épocas y en todas las naciones, difundiendo los hombres sábios *la verdad*, han procurado la perfeccion de las sociedades.

El objeto de estos hombres ha sido hacer sabedores á los demas de sus *derechos* y de sus *deberes*, basando sus doctrinas en la Religion, en las doctrinas del Salvador del mundo.

Pero así como para regularizar un reloj se hace necesario perfeccionar por separado cada una de sus partes, no logrando la esactitud si en la mas pequeña de estas existe algun entorpecimiento, así para la esacta marcha del mundo se hace indispensable la *perfeccion moral* de cada individuo, pues siendo el hombre el órgano mas esencial de la sociedad, de su rectitud depende el perfeccionamiento de esta.

Eduquemos, pues, la conciencia del hombre.

II.

Existe en el hombre una tendencia al *bien propio*, un empeño por su felicidad, que es lo que llamamos *egoismo*.

Esta tendencia al bien propio, es el móvil de todos nuestros actos.

Examínese el lector, recoja sus ideas por cortos instantes, y hallará, que todas sus aspiraciones, que todos sus deseos, se reducen á estas dos frases: *«Mi bien, mi felicidad.»*

Pero si el hombre anhela el bien propio, rara vez apetece el de sus semejantes. Por eso aspira á todo aquello que lo eleva á los ojos de los demás, á todo aquello que lisonjea su amor propio, que satisface su vanidad. *«Yo valgo mas que tú: yo soy mejor que tú.»*

Es preciso ser felices, nos decimos, es preciso poseer riquezas, alcanzar honores, poder, *superioridad sobre nuestros semejantes*: superioridad sobre todo, porque en la igualdad no hay placer!

Todos los actos humanos se basan en este principio.

Observad al tierno infante que pide juguetes superiores á los de su amigo; que pide mayor porcion de alimentos que sirven á sus hermanos.

Observad á la hermosa jóven que ostenta elegantes trages, graciosos adornos y ricas joyas, no solo por el placer de lucirlos, sino por el de superar en lujo á las demás.

Contemplad al jóven vicioso, que hace alarde de ser libertino y de profesar malas costumbres, no porque estos sean sus sentimientos, sino porque así cree valer mas

que los de su clase, por el placer de superarles en maldad.

Contemplad al poderoso que avasalla al pobre con su superioridad, que le humilla con su riqueza.

Ahora bien, ¿qué busca ese tierno infante que aun no tiene *conciencia* de su deseo? ¿esa elegante jóven, que aun quizás ignora por qué anhela parecer mas hermosa que las demás? ¿ese vicioso jóven, que quiere escender en vicios á sus semejantes, y ese hombre poderoso que avasalla á los demás? ¿Qué buscan? ¿Qué anhelan?

Lo que creen su bien, lo que juzgan su felicidad, lo que lisonjea su amor propio, lo que satisface su vanidad, lo que creen los eleva sobre sus semejantes!

Egerce tal predominio sobre el hombre este afán del *bien propio*, que á veces atropella la razon y la justicia por satisfacer su deseo. ¡Cuántos desventurados no se valen del veneno de la calumnia, de la profanacion de la virtud, de las mas horribles injusticias para conseguir un mezquino placer, para lisonjear un momento su amor propio!

¡Oh, mezquindad humana! Oh, flaqueza del corazon! Anhelar nuestro bien para ocasionar el mal de nuestros semejantes!

III.

La Religion, ese bálsamo consolador de nuestra existencia, nos prescribe esactamente nuestros deberes. Ella nos muestra las debilidades y flaquezas de la materia, y nos enseña el modo de combatirlas. Pero á veces no bastan al hombre esas santas verdades. En su niñez no comprende la sublimidad de las doctrinas del Salvador, y cuando llega á la edad en que se desarrollan las pasiones, olvidando sus deberes para con sus semejantes, á trueque de producir el mal ageno, corre en pos del placer, camina en pos de su *bien propio*, en pos de la *lisonja de su vanidad*, arrojando cuantos obstáculos encuentra en su camino, porque su *conciencia* carece de educacion, porque al entregarse á sus pasiones en vuelo subversivo, cree obedecer á una ley de la naturaleza. ¡Pero cuán engañado está!

Nuestra alma, divina esencia emanada de Dios, solo puede propender al *bien*. Pero los ejemplos, la falsedad y vicios sociales que nos rodean, nos inclina al *mal*.

Si el hombre colectivamente considerado, tuviese una fuerza de voluntad decidida á corregir sus defectos, un empeño de profesar la virtud, de *valer* por sus buenas obras, el hombre se apartaria del mal, hijo del desarrollo de las pasiones inferiores, de la atrofia de las pasiones nobles y superiores.

¿No es nuestro constante empeño conseguir el *bien propio*? ¿No nos arrastran nuestras tendencias á *valer* mas que nuestros semejantes? Pues obedezcámos á esta ley de la naturaleza. Procuremas *valer* mas que ellos. Pero no confundiendo la superioridad con la dominacion, ni poder; porque realmente no vale un hombre mas que otro, por poseer un puñado de oro, ni por decirse simplemente su superior. ¿Sabeis el hombre que vale mas á los ojos de Dios? ¿Sabeis el hombre que debe valer mas á los ojos de sus semejantes? El hombre virtuoso, el hombre justo, el hombre de nobles sentimientos.

Pongamos un ejemplo que hará mas patente esta verdad.

Un solo hombre posee una brillante fortuna, capaz de cubrir las necesidades de un centenar de familias. Este hombre habita un magnífico palacio, rico de adornos, de lujo y de ostentacion. Tiene á sus órdenes una docena de servidores, sumisos á sus caprichos y posee para su recreo cuanto de bello y cómodo inventó la mano del hombre. Y bien, ¿qué consigue en el centro de su suntuoso albergue? ¿Su felicidad? no; la satisfaccion de su vanidad y de sus pasiones sensuales, á trueque de la desgracia de infinidad de seres, cuyo mal podria evitar. ¿Por qué no es feliz? Este ser, rodeado de tantas comodidades, de tantos placeres, no es feliz, porque no sabe apreciar lo que posee, porque ya nada apelece, porque como posee cuanto desea, todo le es indiferente, porque mal que le pese, la desgracia que no evita y que lo rodea de enemigos, influye en él. Mirad en cambio la situacion de sus tristes servidores, *séres iguales* á su llamado *señor*, y esclavos de los caprichos de este. ¿Podrán ser felices estos hombres comparando su posicion con la de su *señor*? Pudieran serlo, si apesar de ocupar el puesto de servidores, fuesen considerados como hermanos de aquel á quien prodigaban sus cuidados. Pero su *señor* les echa en cara á cada momento su *inferioridad*, los trata con dureza, les quiere hacer creer que es su Dios en la tierra! Este hombre, ademas, cuando vestido de lujosas galas recorre en su coche las calles de la ciudad, renueva las penas de todos los pobres: que encuentra en su camino, por que su lujo entre la miseria es un desprecio hácia sus hermanos que la sufren. ¿Y podrá ser feliz este hombre? ¿Gozará realmente? No. en su alma no hay paz ni sosiego, porque su conciencia le grita: «*Egoista, qué importa que tú goces si los demás sufren.*» ¡Cuánto mas feliz seria este ser, si habitando una modesta morada, invirtiese el producto de sus gastos supérfluos en procurar por medio del trabajo una cómoda existencia á sus semejantes, en ejercitar la *virtud*, socorriendo á los que no pueden trabajar! ¿No seria este un goce superior á todos los goces mundanos? ¿No valdria, asi, este hombre, mas á los ojos de Dios y á los de sus semejantes?

IV.

Por mas que nuestra alma se afane en buscar el bien y la felicidad en los placeres, no podrá conseguirlo; porque todos los goces mundanos son mezquinos é ilusorios, cuando no son generales y por todos compartidos: porque esa felicidad que busca el alma, no puede ser mas que la del bien y de la virtud generalmente practicadas, lo que supone la destruccion de los vicios sociales.

La senda del bien es tan dulce como amarga la del mal, tanto para el individuo como para las naciones.

Acostumbrémonos á ser justos y exijamos de todos que lo sean: único camino que conduce á la felicidad individual; á proceder bien, en una palabra, contribuyendo tambien á la felicidad de nuestros semejantes, porque como hemos dicho al principio, la perfeccion de cada una de las partes de un reloj, constituye su esacta marcha, asi como la perfeccion moral de cada individuo, formará la felicidad de la Especie.

El mal es, pues, individual y colectivo á la vez, y co-

lectiva é individualmente debe corregirse; pero en tesis general la sociedad es responsable de la imperfeccion individual.

EDUARDO GALLUZZO.

De la interesante revista EL CAMCIO UNIVERSAL, cuya lectura recomendamos á nuestros lectores, y que verán el anuncio en la última plana, copiamos el siguiente interesante artículo.

LA INDUSTRIA Y LA GUERRA.

I.

El siglo XIX ha llevado el progreso en todas las esferas á un grado tal, que es, puede decirse, incalculable la múltiple realizacion, el variado desarrollo de las aplicaciones y descubrimientos que se estienden, siguiendo por do quiera una ley constante de progresion.

La civilizacion, pues, ha llegado al apogeo de su poder; la pronunciacion y la circulacion de los productos se hacen con regularidad y exactitud, solo falta para establecer la armonía funcional, el verdadero equilibrio en las sociedades, que el consumo, la distribucion de los productos se lleve á cabo con proporcionalidad, siguiendo la ley natural.

Para llevar á cabo el estudio de esta última parte del gran problema económico, cuya solucion está encomendada á las generaciones del siglo de la electricidad ¿qué se requiere como indispensable condicion? El orden, la tranquilidad, y que no haya alternativas funestas en el método funcional de la industria.

II.

LA GUERRA ESTALLA.

El obrero abandona el taller y la esteba, arrinconada la sierra y el arado para coger el fusil, para empuñar la espada.

El soldado olvida los lazos de familia;

El hombre ve en cada hombre un enemigo que viene á perturbarle;

La ciudad se trueca en campamento;

Cesa en la fábrica la hulla de comunicar calor á la caldera;

La maquinaria no interrumpe el sueño mortal de los vecinos;

Los productos no pueden aparecer á la venta;

El mercado, es verdad, se hallaría desierto;

La multitud solo ocupa la plaza pública para averiguar si se acercan los hombres destructores que ayer incendiaban la aldea vecina; que degollaban sus habitantes, que convertian al ser débil, indefenso, ó vencido, en esclavo, y le uncian al carro triunfal del vencedor.

La generala, el rebato, el grito de alarma resuena por fin. El ENEMIGO... el hombre, porque el enemigo, el destructor es... el hombre, se acerca....

El cañon retumba... los edificios crujen y se arruinan bajo el peso del hierro;

La *confusion* crece: se oyen no mas los lamentos del héido, las imprecaciones del combatiente, los ayes de desconsuelo de la muger, del niño, ó del abandonado anciano, que se mezclan al estampido de la artillería y fusilería.

Victoria, Victoria, segrita al fin... el enemigo huye avergonzado de su derrota.

La Humanidad, sin embargo, ha desgarrado sus propias entrañas.....

III.

Vencidos ó vencedores, todos ellos son hijos del mismo Dios:

La naturaleza pródiga repartió sus dones con esplendidez sobre la tierra toda:

Iguales en derechos y nacidos para amarse, han quebrantado, los hombres, la ley natural de amor:

Y los intereses contradictorios que han creado, los dividen.

La *inteligencia* condena la guerra, porque la *batalla*, argumento de fuerza, no obedece á una ley lógica ó de razon, es un azar; su éxito es debido ó al número, ó la astucia, ó al nervio de los que se baten; jamás decide en derecho. Nada define en principio y el triunfo en el campo de batalla puede sancionar una iniquidad, una violencia.

Y si esto es así ¿la ley moral podria admitir la guerra como un medio de apreciacion, cuando la lucha conmueve y rompe todos los lazos que unen á los miembros de la familia humana?

DIALOGO

ENTRE UN SONÁMBULO Y UNA VISION.

El sonámbulo, sumido en un profundo sueño, es sorprendido por una Vision, y le dice:

I.

S.—¿Quién eres, ser prodigioso?

V.—Una famosa Sybila.

S.—Dirás tu nombre?—V. Si, á fé.

Teluria.—S. Pues profetiza.

V.—Hija del Cáos, en mi ser

Todo respira falsia;

Cada cosa son dos cesas,

Y el todo es una mentira.

S.—No valdrán tus vaticinios.

V.—Mas que los de Jeremias:

Por la Barca de Aqueronte,

Por el Averno y la Stigia,

Te juro que para mí

No hay abajo, ni hay arriba.

S.—¿Dónde estás?—V. En el espacio

Caminando noche y dia.

S.—¿Tienes alma?—V. Como tú.

S.—Cuál es tu esencia?—V. Indivisa.

S.—¿Conoces los Universos?

V.—Si me conozco á mí misma!

S.—¿Tienes pasiones?—V. Terrestres;
Sin ellas no viviría.

S.—¿E inteligencia?—V. Mas grande
Que lo que tú te imaginas.

S.—¿Tienes cuerpo?—Claro está,
En él mi espíritu anida.

S.—¿Puede haber alma sin cuerpo?

V.—Jamás, pues *todo* lo anima.

S.—¿Cómo! ¿al exhalarla el hombre,
Queda en algo aun oprimida?

V.—En otro cuerpo funciona

Con mas lucidez y vida:

El mundo de los insectos,

Pone un simil á tu vista.

Mira al gusano de seda

Con alas en nueva vida.

Pues así el alma: en un cuerpo

De luz y galas distintas,

Es la crisálida humana

De mariposa vestida.

—Esa es el alma del justo

Que á alta region se encamina.

S.—¿Y la del malo?—V. En oruga
Asquerosa aqui se anida.

Torpe va por las tinieblas,

Y se arrastra en la inmundicia.

De Prometeo el suplicio

La conciencia simboliza,

El continuo torcedor

Que siempre le mortifica.

S.—¿Y ese es el averno?—V. Si,

Y en ese mundo principia,

Que al obrar mal, va la pena

Por naturaleza unida.

Así el espectro de Galba,

De Oton es la sombra misma:

Esa vision le persigue

En el sueño, y le horroriza;

Lucha con él, y le hiere

Con el puñal homicida.

S.—¿Cómo se llama tu padre?

V.—Élios: tiene muchas hijas.

S.—¿Y cuál es la mas hermosa?

V.—La mas bella es Afrodita.

S.—¿Y tú?—V. Mi hija es *Selene*,

Que llaman la diosa Trino.

S.—Por Dios que ya te conozco,

Teluria; y esto me admira.

Eres la Tierra, este globo

Que la humanidad habita!

Y cómo.... ¿tú tienes alma?

V.—¿Pues no ves que tengo vida?

S.—Siempre juzgué que un planeta

Era una mole maciza,

Que por impulso divino

En torno del Sol camina,

Y girando sobre el eje

Sin voluntad smovia. e

V.—Eso dirán los insectos

Que entre tus poros habitan.

Así juzgarán de sí,

Como los hombres me miran,

Sin pasiones, ni organismo,

Ni espontaneidad precisa.

Adios, hasta otro día:

No me puedo detener,

Que un cometa se aproxima.

II.

Otra por el mismo estilo

Del sonámbulo refieren.

¿Cómo te llamas? Pregunta

A su vision.—Anton Mésmer.

—¿Gozas de luz?—Si, de mucha,

Que en este mundo la tiene

Quien purifica su esencia

En esa mansion terrestre.

—¿Y cómo?—Con la razon

Dirigida rectamente.

—¿No te tuvieron por loco?

—¿Qué te admira? Eso sucede.

¿No sabes que á Jesu-Cristo

Le juzgaron por demente?

—Sin embargo, Franc-Anton,

Hay cosas que no se creen,

Porque á su primera vista

La razon á ellas no asiente.

—Mira: aqui en esta mansion

Los locos de nuestra especie

Nos solemos reunir

En unos lindos vergeles,

Jardines de nuestro asilo,

Embalsamados del Éter,

Y entre ligeros aromas

Los espíritus se mecen,

Bebiendo el puro rocío

Que de los Cielos se cierne;

Pues Dios, aun mas que á *esos cuerdo*,

A estos locos favorece.

Hablamos con libertad,

Que esto á todos se consiente,

Y mas de nuestras locuras,

Que es cosa que nos divierte.

Así dice un genovés:

Yo enloquecí como ustedes.

Hará como cuatro siglos

Se me puso en el caletre

Descubrir un nuevo mundo

Navegando hácia Poniente.

Otros mas locos que yo,

Por cierto que eran dos reyes,

Favorecen mi demencia,

Y dándome unos bajeles,

Desde la rada de Palos

Hice rumbo al Occidente.

Allá va el loco, decian;

Y todos me compadecen.

Colon, dice un florentino,

No es bien tus locuras cuentos,
Si antes no digo las mias:
La brújula va en su eje
Siempre señalando el Norte
Donde las tierras se pierden;
Yo, si el pastorcillo Mánes
No me diera iman potente,
Nunca me hubiera ocurrido
Locura de tal especie.
Nada es la locura vuestra,
Dicen luego unos franceses:
Menos es pasar los mares,
Que surcar el aire leve.
Otro se interpone y grita:
Yo soy mas loco que ustedes,
Fabricantes de papel,
Caballeros Mongolfieres.
Las tempestades manejo;
El rayo á mis manos viene.
Por esta eléctrica vara
El meteoro desciende,
Y de Júpiter airado
Desarmo el brazo potente.
Al decir estas palabras
Muchos locos se enfurecen.
Newton con sus atracciones
Quiere habérselas con Képler,
Y con Descartes las há
Por sus cálculos y séries.
Con sus barcos de vapor
Aun mucho mas se revuelven
Blasco de Garay y Foulton,
Wahat con máquinas y trenes;
Y Betancourt y otros locos
Con telégrafos se vienen
A llevarnos la palabra
De uno á otro continente.
—¿Y no hay locos de amarrar
En esa mansion celeste?
—Muchos; y otros que aguardando
Estamos aqui impacientes.
—¿Y Furier?—Ese delira;
Y á todos mas enloquece
Con sus grupos, sus falanges
Y utopias de tal especie.
Diz que está muerta la luna....
Y estaba yo por creerle,
Segun la mala influencia
Que en nuestro planeta ejerce,
Y á mas está perforada
Como otro loco lo advierte
En un eclipse de Sol;
Y ese astrónomo no miente.
De Arquímedes la palanca
Furier en sus manos tiene,
Para apartar de la tierra
A la difunta Selene,
Que en sentir de este maniaco
Hasta las estrellas mueren:

Régulo, que tuvo Leo
Por su perla mas luciente,
Como lo ha observado Arago,
Es un disco solamente.
—¿Y Copérnico?—Furioso.
—¿Y Galileo?—En sus trece.
Cada loco con su tema.
—¿Y de tus locuras, Mésmer?
—Del magnetismo? Otro dia.
No puedo ya detenerme:
Voy al Sol.—Tantos millones
De leguas!—Tú no lo entiendes.
—¿Y á qué?—Por magnético fluido
Que está nuestra tierra débil.
—Buen viage: trae que sobre.
—No se agotará la fuente.

DIEGO GONZALEZ ROBLES.

CUATRO MESES EN PARIS.

(Continuacion.)

La cocina francesa tiene gran fama; no se la quito, no soy perito en la materia; pero lo soy en punto á conocer mi paladar y mi estómago, y digo en *pleno Paris*, que echo muy de menos mis pichones de la Plaza de Herradores, el guisado que me aliñaba mi muger, y mi clásico vino de Valdepeñas.

O los manjares no se conocen, a fuerza de aderezarlos y embellecerlos, porque hasta en los pots de la cocina quiere establecer su reinado la poesia francesa, ó el diablo no puede con ellos fuerza de estar duros, permitame Paris esta ruda espresion española.

El vino extranjero es carísimo, el vino comun del pais es malísimo para mi gusto, y vuelvo a decir que doy razon, mucha razon á las perdices, á los pucheros y al vino de mi tierra.

En materia de comer y beber, sépalo el magnífico Paris, soy castizo español. Le felicito por sus glorias; pero soy español.... bien que en otras muchas cosas lo soy tambien, como en su tiempo se verá.

Así finalizó el dia 6

DIA TERCERO.

Progresos de mi muger.—Melancolía.—Nuevos rótulos.—Anuncio de la Union Agrícola.—Costumb e de las señoras de Paris.—Sangre fria de los hombres.—Achaques de raza.—La sogá.—Una muger en la calle de Richelieu.—La muger francesa.—Medallas.—Prodigio del génio francés.—Mas rótulos.—Baston de Richelieu.—Plaza de la Concordia.—Arco de la Estrella.—Campos Eliseos.—Vuelta al Hotel.

Mi muger va haciendo admirables progresos en el idioma frances. A las mugeres las dice *Monsieur*, y a los hombres *Madame*: al *quilógramo*, medida de aridos, lo llama *litro*, medida de líquidos: el *bulevar*, es el *restaurant*, y el *restaurant* es el *bulevar* y así en otras cosas. Esta muy afligida, porque dice que le sucederá lo que al otro: olvidó el español y no aprendió el frances.

Salimos á las nueve de la mañana. Mi muger y yo nos vemos asaltados por esa melancolía indefinible, que no puede menos de espermentarse cuando se llega á una ciudad tan populosa. El individuo parece absorberse en el grupo que le circuye por todas partes, y se halla como privado de la conciencia de su dignidad y de su poder. No quiero decir que pierde realmente su personalidad en la familia, en la ciencia, en el arte, en la religion, en el derecho, no: una entidad absoluta no se pierde por combinaciones accidentales. Lo que digo es que el individuo se siente pequeño ante lo mismo que él ha creado: el artífice se anonada ante su propia obra. En este caso sucede al hombre lo que al grano de arena en un desierto muy dilatado. Un grano de arena y otro grano de arena forman el desierto; pero el grano se ve perdido entre los horizontes de aquella inmensa soledad.

El individuo experimenta que otra fuerza mayorle reasume, una fuerza extraña, indiferente, que no le hace amar, que no le educa el corazón, que no lo civiliza para la gran moral de este mundo: no lo absorbe el cariño sino el número, este número no es la vida; porque el individuo se siente con vida también, y esta emoción confusa le comunica una tristeza que no se puede definir. No basta el bullicio, ni la agena alegría, ni los espectáculos mas pomposos para que deje de estar triste. Nunca debe ser mas terrible morir que cuando se oye cantar, y por una razón idéntica sucede que la música no distrae, sino que daña, a las personas que padecen aflicciones profundas.

El extranjero esta pesaroso, este pesar es una arruga de su alma, por decirlo así, que apenas se divisa en su semblante; pero el pesar existe, tiene su significación muy trascendental, y para apreciarla debidamente, es indispensable poner el pie sobre tierra extranjera. No, no vale el genio sin el sentimiento experimental que nos descubre ciertas distancias en la insondable matemática de la vida. El talento sin experiencia, sin sentimiento práctico, sin la estética particular de los lagos y de los hombres, es lo que la transparencia del cristal sin los rayos del foro: es lo que nuestra vista sin la chispa eléctrica de la luz. Para evaporarse, no basta que un licor sea espirituoso: es indispensable que salga de la cavidad de su redoma: es indispensable que la atmósfera inflame sus poros bajo el contacto de la luz del cielo.

Cuanto quiere decir este dolor confuso que experimentamos en medio de este enorme bullicio. Cuanto deberé, h cernos meditar y sentir! El hombre da unos cuantos pasos, atraviesa una linde que es tierra también y se halla desterrado y proscrito en la humanidad. Ay! cuántas lágrimas amarguissimas serian necesarias para purgar este inmenso pecado. Pero para algo muy grande, muy solemne, muy humano, muy caritativo, debe reservar estas cosas la justicia de Dios.

Esto es una urna velada por el impalpable crespon de todos los siglos. Quién sabe el voto que en esa urna misteriosa depositará un día la Providencia.

No lo verás tú, se me dice.

Si lo veré; lo veré en ese sentimiento que me hace infinito, profesando amor a los hombres; en ese sentimiento que me hace inmortal esperando en la ley de Dios. Lo veré, si, lo veré. lo veo hoy, lo vé mi esperanza.

Hemos visitado la calle y bulevar de Montmartre, el de Beaumarchais, San Martin, Temple, Poissonniere, Italianos, Capuchinas y Magdalena.

Es sorprendente el estruendo que se percibe por donde quiera que se va, trabajo prodigioso que en todas partes se revuelve y se agita, creación incesante que se desarrolla en tantas esferas, para dejarse luego ver bajo formas tan gigantescas y variadas. ¿Cómo no? Es un coloso el que se mueve: cada movimiento no puede menos de presentar un movimiento del coloso.

Uno es sastre del rey de Holanda, otro del de Cerdeña, otro manifiesta una medalla del emperador de Prusia ó de Austria; tal almacén se titula Proveedor de Maria Cristina, como he visto en la calle, *arrabal de S. Honorato*. Aquí una tienda de gusto chiESCO; allí otra de gusto árabe, persa, griego ó ruso. Hotel de Francia, de Inglaterra, de Holanda, de Rusia, de Prusia, de Austria, de Turquía, de Italia, de América, de Europa, café ó Estaminet del Universo: todo hierve y refluye aquí, como toda la sangre se mueve y se trabaja en el corazón. No he visto ningún hotel de Africa ó de la Océanía; pero esto no es decir que no lo haya. Parece imposible que no exista en París una fonda, café, ó cosa equivalente, que lleve por título: *café, fonda, pastelería ó taberna, de las costas del Moro*. No sería esto mas raro que un anuncio de la Union agrícola, puesto en verso rimado de once sílabas, tan contadas como los dedos de la mano. Y no se crea que esto es pulla. He visto aquel anuncio singular en una empalizada, cerca del lujoso edificio que se esta levantando en la misma calle donde finalizan las Tullerías y el Louvre, y que es la décimo-tercera alcaldía de París. ¿Llegará día en que los poemas épicos se escriban en prosa tabernaria?

Una particularidad hemos notado mi muger y yo. La pasión dominante en las parisienses de mediano y alto colurno, consiste en... ¿con qué dirá el lector? Consiste en alzarse muellemente el traje, aunque no haya lodo. Sin duda es un golpe de estado, aplicado á grandes razones de etiqueta.

Para particularidad mas curiosa hemos descubierto también. Apenas habrá pueblo en el mundo en que los hombres vuelvan la cara con mas sangre fria, y se queden mirando con mas formalidad los pies y las piernas de los transeúntes. Esto viene de una raíz muy honda: viene de cierto temperamento que es el carácter del pueblo francés. No hay casta social donde con tanta gravedad y tanto aplomo se hagan cosas ridiculas. No es decir, que en los demás países no se caiga en ridículo: mas para este

ridículo hay una risa: aquí no se rien. Y cuidado que no se dejan de reir por hipocresía ó por estudio, sino porque creen de buena fe que el asunto no merece reirse; porque estan *patrióticamente* convencidos de que no puede haber cosa ridicula, siendo cosa francesa.

Pero tal vez no tengo razón en decir que este hábito es lo que mas caracteriza al pueblo francés. Acaso esto viene de mas adentro: acaso la formalidad cómica de los franceses para el ridículo, es una simple derivación de otro carácter mas universal, porque esta mas en el interior de su genio, su genio, que todo lo devora; que todo lo devora, conservandose intacto; que todo lo devora, sin devorarse jamás á si mismo; su genio, decia, le lleva hoy á consumir un hecho cualquiera; pero á las veinte y cuatro horas este hecho esta devorado y corre tras otro. ¿Cuál es este otro? Un hecho nuevo, una nueva emoción, un nuevo trabajo, el jornal de otro día, el plato de hoy; quizás una emoción contraria, acaso el plato que le envenena; pero la ley es devorar, la necesidad es sentir lo que no se ha sentido: la pasión es no envejecer en una idea, en un sentimiento, en una institucion: hoy una institucion, otro día la contraria. Hé aquí el ridículo; practica este ridículo, no solo con formalidad, sino con ahínco, con efusión, con la efusión ardiente y generosa del que trabaja, para satisfacer las inspiraciones de su genio.

Antes que ridículo el pueblo francés es voluble. Aquí encuentro yo el carácter radical: todo lo demás es derivación, corrientes de este manantial oculto, gestos de este rostro escondido.

Crean, y creen bien, que una brisa estancada no seria buena para mecerse sobre las florestas de un paraíso; creen, y creen mal, que lo primero es renovar el aire, sin consultar si el aire nuevo está mas dañado. Francia es un águila, que para recibir ambiente nuevo, abre y golpea las alas sin cesar; aquí se concentra la suma mayor de su vida: que un milano venga y se oculte bajo aquellas alas impacientes, no importa: que el águila se torne en cuervo ó buho, toda vez que el buho sacuda las plumas para que las penetren los nuevos gérmenes de la atmósfera, no importa tampoco.

Pero estoy fuera de lugar: estas apreciaciones pertenecen á otra parte de estos apuntes.

No halamos pobres que pidan, ni niños jugando por las calles. Las clases que se manifiestan al público respiran bienestar y decencia. ¿Pero es todo esto verdad? Ay!

ROQUE BARCIA.

(Se continuará.)

EL CAMBIO UNIVERSAL.

Revista de ciencias, artes, industria, etc.

Se publica en Madrid todos los domingos.

Se suscribe en la Redaccion del «Pensil de Iberia», á 22 rs. el trimestre.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Cádiz, en la Redaccion del «Pensil de Iberia, calle del Sacramento, núm. 33, en el Despacho del «Guia del Comercio,» calle Ancha núm. 1 y en la librería de Fábregas hermanos, calle de la Verónica.—Alicante, D. José Marcili, calle del Mar.—Almería, D. Diego Mayoral.—Almendralejo, D. Juan Alvarez Feijóo.—Algeciras, D. Vicente Garcia, D. Rafael de Muro.—Almadén, D. Francisco Ponce, D. Julian de la Puerta.—Alcañiz, D. Felipe Ibañez.—Antequera, D. Diego Galban.

EDITOR RESPONSABLE,
D. PEDRO LUIS CARNIAGO.

CÁDIZ: 1849.

Imprenta del Guia del Comercio,
á cargo de D. Virginio Ramos,
calle del Sacramento, núm. 86.